

«Mi querido vizeconde: He recibido su esquila y me alegraría infinito verle mañana a las diez, si esta hora le conviene.

»Le renuevo la seguridad de mi antiguo y sincero afecto.

»EL PRÍNCIPE DE POLIGNAC.»

Este billete me pareció de mal agüero: su reserva diplomática me hizo temer una repulsa del monarca. Encontré al príncipe de Polignac en el gran despacho que yo tan bien conocía. Me salió al encuentro; me estrechó la mano con una efusión de corazón que yo hubiera querido creer sincera, y echándome después un brazo sobre el hombro, principiamos a pasearnos lentamente de uno a otro extremo del salón. Me dijo que no aceptaba mi dimisión; que el rey no la aceptaba, y que era preciso que yo volviese a Roma. Cada vez que él repetía esta última frase me desgarraba el corazón. «¿Por qué — me preguntó —, no quiere usted permanecer en los negocios conmigo como con La Ferronnays y Portalis? ¿No soy amigo suyo? Le daré en Roma todo lo que quiera: en Francia será más ministro que yo; escucharé sus consejos. Su retirada puede hacer surgir nuevas divisiones. Indudablemente no querrá dañar al gobierno. El rey se irritará en extremo si persiste usted en querer retirarse. Le ruego, querido vizeconde, que no cometa semejante torpeza.»

Respondí que no cometía torpeza ninguna; que obraba plenamente convencido de mi razón; que su ministerio era muy impopular; que éstas prevenciones podrían ser injustas, pero, al fin, existían; que Francia entera estaba convencida de que el ministerio iba a atacar las libertades públicas, y yo, defensor de esas libertades, no podía embarcarme con los que pasaban por enemigos suyos. Me veía bastante apurado en esta réplica, porque, en realidad, nada flagrante tenía que oponer a los nuevos ministros, y sólo podía atacarlos en un porvenir que él estaba en su derecho al negar. El señor de Polignac me juraba que amaba la Carta tanto como yo; pero él la amaba a su modo; la amaba muy de cerca. Desgraciadamente, el cariño que uno muestra a una joven a quien ha deshonrado, le sirve de poco.

La conversación se prolongó sobre el mismo tema cerca de una hora. El señor de Polignac concluyó por decirme que si consentía en retirar mi dimisión, el rey

me vería con placer, y escucharía lo que yo quisiera decirle contra su ministerio; pero que si persistía en querer presentarla, creía S. M. que era inútil verme, y que una conversación entre él y yo no podía menos de ser una cosa desagradable.

Yo contesté: «Pues mirad como dada mi dimisión, príncipe. Jamás me he retractado en mi vida, y puesto que no le agrada al monarca ver a su fiel súbdito, no insisto más.» Después de estas palabras me retiré. Rogué al príncipe que diera al duque de Laval la embajada de Roma, si todavía la deseaba, y le recomendé mi legación. En seguida tomé a pie por el bulevar de los Inválidos el camino de mi enfermería, como herido que estaba realmente. Cuando me separé del señor de Polignac me pareció dotado éste de esa confianza imperturbable que hacía de él el nudo más a propósito para estrangular un imperio.

Presentada mi dimisión de embajador en Roma, escribí al soberano pontífice:

«Beatísimo padre: Ministro de Estado en Francia en 1823, tuve la felicidad de ser el intérprete de los sentimientos del difunto rey Luis XVIII por la exaltación deseada de Vuestra Santidad a la silla de San Pedro. Embajador de S. M. Carlos X cerca de la corte de Roma, he tenido la suerte mayor de ver a Vuestra Santidad elevado al solio pontificio, y oírle dirigirme palabras que serán la gloria de mi vida. Al terminar la alta misión que tenía el honor de ejercer cerca de Vuestra Santidad, he de expresarle el profundo sentimiento que me acompañará siempre. Sólo me resta, santísimo padre, poner a vuestros sagrados pies mi sincero reconocimiento por vuestras bondades, y pedir os vuestra bendición apostólica.

»Soy, con la mayor veneración y el más profundo respeto de Vuestra Santidad, muy humilde y obediente servidor,

»CHATEAUBRIAND.»

Durante muchos días acabé de desgarrarme las entrañas en mi Utica, y escribí cartas para demoler el edificio que con tanto amor había yo construido. Como en la muerte de un hombre son las minuciosidades y las acciones domésticas y familiares las que interesan, así en la muerte de una ilusión son más atormentadoras las pequeñas realidades que lo destruyen. Un destierro eterno sobre

las ruinas de Roma fué mi quimera. Lo mismo que Dante, me había ya preparado para no volver más a mi patria. Estas dilucidaciones no tendrán para los lectores de estas *Memorias* el interés que para mí tienen. El pájaro viejo cae de la rama en donde se refugia, y deja la vida por la muerte. Arrastrado por la corriente, no he hecho más que cambiar de río.

ADULACIONES DE LOS PERIÓDICOS. — LOS PRIMEROS COLEGAS DEL SEÑOR DE POLIGNAC. — EXPEDICIÓN DE ARGEL. — APERTURA DE LA LEGISLATURA DE 1830. — CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE LA CORONA. — LA CÁMARA ES DISUELTA. — NUEVA CÁMARA. — MI PARTIDA PARA DIEPPE. — ORDENANZAS DE 25 DE JULIO. — MI VUELTA A PARÍS. — REFLEXIONES DURANTE EL CAMINO. — CARTA A LA SEÑORA RECAMIER.

Cuando se acerca el momento de marcharse las golondrinas, hay una que vuela la primera para anunciar la próxima partida de las demás: yo fui la primera ala que precedió al último vuelo de la legitimidad. ¿Me lisonjeaban los elogios que me prodigaban los periódicos? No por cierto. Algunos amigos míos creían consolarme asegurándome que estaba a punto de ser primer ministro; que aquel lance jugado con tanta franqueza decidía mi porvenir: me suponían una ambición, de la que ni siquiera tenía un germen. No comprendo que un hombre que haya vivido conmigo siquiera ocho días no advierta mi absoluta carencia de esa pasión, por lo demás muy legítima, que impulsa a uno a seguir hasta el cabo su carrera política. Yo acechaba siempre el momento de retirarme, y si estaba tan apasionado de mi embajada de Roma, era precisamente porque a nada conducía y era un retiro en un callejón sin salida.

Por otra parte, abrigaba en el fondo de mi conciencia cierto temor de haber llevado ya demasiado lejos la oposición, de la que iba a ser forzosamente el lazo, el centro y la atalaya: me asustaba esa idea, y ese temor aumentaba el sentimiento de haber perdido mi apacible abrigo.

Como quiera que sea, quemaban abundante incienso ante el ídolo de madera caído de su altar. El señor de Lamartine, nueva y brillante lumbrera de Francia, me escribía con motivo de su candidatura, una carta que terminaba así:

«El señor de La Noue, que acaba de pasar algunos momentos en mi casa, me ha dicho que le ha dejado a usted entreteniendo sus nobles ocios, en erigir un monumento a Francia. Cada una de sus desgracias voluntarias y valerosas, prestará así un tributo de estimación a su nombre y de gloria a su país.»

A esta carta del autor de las *Meditaciones poéticas*, siguió la del señor de La-retelle, quien me escribía a su vez:

«¿Qué momento eligen para ultrajarle, a usted, el hombre de los sacrificios; a usted, a quien las buenas acciones no cuestan más que las hermosas obras! Su dimisión y la formación del nuevo ministerio me parecieron de antemano dos sucesos ligados entre sí: usted me ha familiarizado con los actos de abnegación, como Bonaparte nos familiarizaba con la victoria; sólo que él tenía muchos compañeros, y usted no cuenta con muchos imitadores.»

Dos hombres muy instruidos y escritores de gran mérito, el señor Abel Remusat y el señor Saint-Martin, eran entonces los únicos que tenían la debilidad de declararse en contra mía: ambos eran amigos del barón de Damas. Concibo que se irriten contra hombres que desprecian los destinos: esas insolencias son de aquellas que no se deben tolerar.

El mismo señor Guizot se dignó visitarme, y creyó poder salvar la inmensa distancia que la naturaleza ha puesto entre ambos: al verme, me dijo esta frase, llena de todo lo que se debía a sí propio: «¡Caballero, hoy es muy diferente!» En este año de 1829, el señor Guizot tuvo necesidad de mí para su elección; escribí a los electores de Lisieux, y fué elegido. El señor de Broglie me dió las gracias en el siguiente billete:

«Permítame que le dé las gracias, caballero, por la carta que ha tenido a bien dirigirme. He hecho de ella el uso que debía hacer, y estoy convencido de que, como todo lo que de usted procede, producirá sus frutos, y frutos saludables. Por mi parte me siento tan reconocido como si se tratara de mí propio, porque no hay acontecimiento con el que esté más identificado ni que me inspire más vivo interés.»

El señor Guizot era diputado cuando las jornadas de julio, resultando de ahí



que yo fui, en parte, la causa de su elevación política: la súplica del humilde es a veces escuchada del cielo.

Los primeros colegas del señor de Polignac fueron los señores de Bourmont, de La Bourdonnaye, de Chabrol, Courvoisier y Montbel.

El 17 de junio de 1815, encontrándome en Gante y bajando de ver al rey, hallé al pie de la escalera a un hombre con levita y botas llenas de barro que subía al cuarto de S. M. En su fisonomía expresiva, en su nariz delgada y sus hermosos ojos dulces de culebra, reconocí al general Bourmont; había desertado del ejército de Bonaparte el año 14. El conde de Bourmont es un oficial de mérito, diestro en procurarse salida de pasos difíciles; pero uno de esos hombres que, colocados en primera línea, ven los obstáculos y no consiguen vencerlos, habiendo nacido para ser dirigidos y no para dirigir.

El conde de La Bourdonnaye, amigo mío en otro tiempo, es el peor compañero que pueda imaginarse; es hombre que da una coza a cualquiera que se le acerca, y ataca a los oradores en la Cámara, como a sus vecinos en el campo: arma un caramillo sobre una palabra, como forma un proceso por una zanja. En la misma mañana del día en que fui nombrado ministro de Estado, fué a participarme que rompía conmigo: yo era ministro. Me eché a reír, y dejé marchar a mi furia masculina, que, riéndose también por su parte, parecía un murciélago contrariado.

El señor de Montbel, ministro, primero de Instrucción pública, substituyó al señor de La Bourdonnaye en el de la Gobernación cuando éste se retiró, y el señor Guernon-Ranville reemplazó al señor de Montbel en la cartera de Instrucción pública.

Por ambos lados se aprestaban a la guerra: el partido del ministerio publicaba folletos contra el *Representativo*: la opinión se organizaba y hablaba de no votar las contribuciones en el caso de violación de la Carta. Se formó una asociación pública para resistir al poder, llamada *Asociación bretona*: mis compatriotas han tomado frecuentemente la iniciativa en nuestras últimas revoluciones: hay en las cabezas bretonas algo de los vientos que azotan las riberas de nuestra península.

Un periódico creado con el declarado

objeto de derribar la antigua dinastía vino a enardecer los ánimos. El joven y gallardo librero Sautélet, perseguido por la manía del suicidio, acarició muchas veces el deseo de hacer su muerte útil a su partido con algún golpe ruidoso; se hallaba encargado de la parte material del periódico republicano, del que eran redactores los señores Thiers, Mignet y Carrel. El patrono de *El Nacional*, el príncipe de Talleyrand, no contribuía a ninguno de los gastos; no hacía más que manchar el espíritu del periódico, derramando en el fondo común su contingente de traición y podredumbre. Con este motivo recibí el siguiente billete del señor Thiers:

«Caballero: Ignorando si el servicio de un periódico que empieza estará hecho con exactitud, le envió el primer número de *El Nacional*. Todos mis colaboradores se unen a mí para suplicarle que tenga a bien considerarse, no como suscriptor, sino como nuestro lector benévolo. Si en este primer artículo, objeto de gran cuidado para mí, he conseguido expresar opiniones que usted apruebe, estaré seguro y cierto de hallarme en buen camino.

»Reciba, caballero, mis homenajes.

»A. THIERS.»

Aunque volveré a ocuparme de los redactores de *El Nacional*, diré cómo los conocí; pero desde ahora debo dejar a un lado al señor Carrel; superior al señor Thiers y al señor Mignet, su sencillez le hacía considerarse en la época en que me relacioné con él como en segundo lugar después de los escritores a quienes superaba: él supo sostener con su espada las opiniones que aquellos hombres de pluma difundían.

En tanto que todos se aprestaban al combate, terminaban los preparativos de la expedición de Argel. El general Bourmont, ministro de la Guerra, se había hecho nombrar jefe de la expedición: ¿quiso substraerse a la responsabilidad del golpe de Estado que sentía venir encima? Esto podrá ser bastante probable, si atendemos a sus antecedentes y a su habilidad; pero fué una desgracia para Carlos X. Si el general se hubiera hallado en París cuando la catástrofe, la cartera vacante del ministerio de la Guerra no hubiera caído en manos del señor de Polignac. El señor de Bourmont, an-

tes de dar el golpe, caso de haberlo él consentido, habría reunido indudablemente en París toda la guardia real, y habría preparado el dinero y los víveres necesarios para que el soldado no careciera de nada.

Nuestra marina, resucitada en el combate de Navarino, salió de los puertos de Francia, tan abandonados poco antes. La rada estaba cubierta de buques que saludaban la tierra al alejarse. Barcos de vapor, nuevo descubrimiento del genio del hombre, iban y venían conduciendo órdenes de una división a otra como sirenas o como los ayudantes de campo del almirante. El *Delfin* se mantenía en la ribera, adonde habían bajado todas las poblaciones de la ciudad y de las montañas. Aquel que después de arrancar a su pariente el rey de España de las manos de las revoluciones veía despuntar el día en que la cristiandad sería libertada, ¿hubiera podido creerse tan cerca de la noche?

No eran ya aquellos tiempos en que Catalina de Médicis solicitaba del turco la investidura del principado de Argel para Enrique III, que no era aún rey de Polonia. Argel iba a ser nuestra hija y nuestra conquista sin permiso de nadie, sin que Inglaterra se atreviese a impedirnos tomar aquel *castillo del emperador*, que recordaba a Carlos V y el cambio de su fortuna.

Aquellos buques, que llevaban la libertad a los mares de la Numidia, arrastraban consigo la legitimidad: aquella escuadra, con pabellón blanco, era la monarquía que se hacía a la vela alejándose de los puertos donde se embarcó San Luis, cuando la muerte le llamaba a Cartago. Esclavos libertados de los baños de Argel, los que os han devuelto a vuestro país han perdido su patria; los que os arrancaron al destierro eterno están desterrados. El dueño de esa grande escuadra ha atravesado el mar en un barco como fugitivo, y Francia podrá decirle lo que Cornelia a Pompeyo: «Es obra de mi fortuna, no de la tuya, el verte ahora reducido a una sola navicilla, allí donde pretendías tomar rumbo con quinientas velas.»

Entre aquella muchedumbre que en las riberas de Tolón seguía con los ojos la escuadra que marchaba a Africa, ¿no tenía yo amigos, El señor du Plessix, hermano de mi cuñado, ¿no recibía a bordo a una mujer encantadora, la señora Lenormant, que esperaba el regreso del

amigo de Champollion? ¿Qué resultó de aquel vuelo ejecutado hacia Africa, con las alas desplegadas? Escuchemos a mi compatriota, el señor de Penhoen. «No habían transcurrido dos meses desde que habíamos visto este mismo pabellón ondear enfrente de estas mismas costas, por encima de quinientos buques. Sesenta mil hombres se encontraban a la sazón impacientes por ir a desplegarlo sobre el campo de batalla de Africa. Hoy algunos enfermos, algunos heridos arrastrándose penosamente sobre el puente de nuestra fragata, eran su única comitiva... En el momento en que la guardia tomó las armas para saludar, según la costumbre, al pabellón, al subirlo o al bajarlo, cesó en el puente toda conversación. Me descubrí con tanto respeto como pudiera haberlo hecho ante el mismo anciano rey, y me arrodillé en lo íntimo del corazón ante la majestad de los grandes infortunios, cuyo símbolo contemplaba tristemente» (1).

La legislatura de 1830 se abrió el 2 de marzo. El discurso de la corona decía: «Si manejos culpables suscitan a mi gobierno obstáculos que no puedo, ni quiero prever, tendré la energía necesaria para superarlos.» El rey pronunciaba estas palabras con el tono de un hombre que, tímido y amable por carácter, se hallara por azar colérico, y se animase al sonido de su voz; pero cuanto más fuertes eran las palabras, más se traslucía la debilidad de las resoluciones.

La contestación fué redactada por los señores Etienne y Guizot. Uno de sus párrafos decía:

«La carta consagra como un derecho, la intervención del país en las medidas de interés público. Esta intervención hace del concurso permanente de las miras de vuestro gobierno, con los deseos del pueblo, una condición indispensable para la marcha regular de los negocios públicos. Nuestra lealtad, nuestra adhesión, nos obligan a deciros, señor, que *este concurso no existe.*»

En respuesta al mensaje de la Cámara, Carlos X declaró que su resolución era inmutable; es decir, que no retiraría su confianza al señor de Polignac, y, por lo tanto, acordó la disolución de aquélla. Los señores de Peyronnet y de Chante-

(1) *Memorias de un jefe de estado mayor*, por el barón Barchou de Penhoen.



lauze reemplazaron a los señores de Chabrol y de Courvoisier, que se retiraron; El señor Cappelle fué también nombrado ministro de Comercio. Había alrededor del monarca veinte hombres capaces de ser ministros: se podía hacer volver a los negocios al señor de Villele, o nombrar a Casimiro Perier y al general Sebastiani. Yo los había propuesto a S. M., cuando después de la caída del señor de Villele fué encargado el abate Frayssinous de ofrecermelo el ministerio de Instrucción pública. Pero no se quería esto; los hombres capaces inspiraban horror. En el ardor de la afición que se tenía por la nulidad, buscaron, como para humillar a Francia, lo que había en ella de más pequeño, a fin de colocarlo a su cabeza. Habían desterrado al señor Guernon de Ranville, quien, sin embargo, se halló ser el más animoso de la banda ignorada, y el Delfín suplicó al señor de Chantelauze que salvara la monarquía.

El decreto de disolución convocaba a los colegios de distrito para el 23 de junio de 1830, y a los departamentales para el 3 de julio; veintisiete días solamente antes de que se pronunciara la sentencia de muerte de la rama primogénita.

Muy animados los partidos, lo llevaban todo al extremo: los ultra-realistas hablaban de que la corona ejerciera la dictadura; los republicanos pensaban en una República con un Directorio o una Convención. *La Tribuna*, órgano de este partido, apareció en la vida política, y dejó atrás a *El Nacional*. La gran mayoría del país quería aún el trono legítimo, pero con concesiones, e independiente de las influencias cortesanas. Todas las ambiciones se habían excitado, y cada cual esperaba llegar a ser ministro. Las tempestades hacen salir a los insectos de sus escondrijos.

Los que querían obligar a Carlos X a ser monarca constitucional pensaban tener razón. Creían que la legitimidad tenía profundas raíces; habían olvidado la debilidad del hombre; el trono podía ser impulsado; el monarca no podía serlo; el individuo, no la institución, ha sido quien nos ha perdido.

Los diputados de la nueva Cámara llegaron a París. De los doscientos veintinueve que votaron el mensaje, habían sido reelegidos doscientos dos, y de los ministeriales sólo ciento cuarenta y cinco; por lo tanto, la corona había perdido la partida. El resultado natural era la reti-

rada del ministerio; pero Carlos X se obstinó en arrostrarlo todo, y se resolvió por el golpe de Estado.

Yo salí para Dieppe el 26 de julio a las cuatro de la mañana, el mismo día en que aparecieron las ordenanzas. Iba bastante alegre, considerándome dichoso en volver a ver el mar, y a algunas horas de distancia era seguido por una terrible tempestad. Cené y dormí en Ruán sin saber nada, lamentando sólo no poder ir a visitar a Saint-Ouen y arrodillarme ante la bella Virgen del Museo, en memoria de Rafael y de Roma. El 27, a mediodía, llegué a Dieppe. Me apeé en la fonda, donde el señor conde de Boissy, mi antiguo secretario de legación, me había alquilado un cuarto. Me vestí, y fui en busca de la señora Recamier. Esta ocupaba un aposento, cuyas ventanas daban a la playa. Pasé allí algunas horas hablando y contemplando el mar. De repente vi venir a Jacinto, el cual me llevaba una carta que el señor de Boissy había recibido, y en la que se le daba noticia de la publicación de las ordenanzas con grandes elogios. Un momento después entró mi antiguo amigo Ballanche; acababa de apearse de la diligencia, y tenía en la mano algunos periódicos. Abro *El Monitor*, y, sin creer lo que veían mis ojos, leí los documentos oficiales; ¡otro gobierno más que de intento se precipita desde las torres de Nuestra Señora! Apenas acabé de leer, dije a Jacinto que hiciera llevar caballos de posta para volver a París. A eso de las siete de la tarde estuvo todo listo, y subí al carruaje, dejando a mis amigos en la mayor ansiedad. Desde un mes antes corrían rumores de un golpe de Estado; aunque nadie había hecho caso de ellos, por parecer absurdos. Carlos X había vivido entre las ilusiones del trono: alrededor de los príncipes se forma una especie de prisma que los engaña, quitando los objetos de su sitio y haciéndoles ver en el cielo paisajes quiméricos.

Me había llevado conmigo *El Monitor*, y el 28, en cuanto fué de día, leí, releí y comenté las ordenanzas. La exposición al rey que le servía de prólogo me sorprendió por dos conceptos: las observaciones sobre los inconvenientes de la prensa eran exactas; pero al mismo tiempo el autor de ellas demostraba una completa ignorancia del estado de la sociedad actual. Indudablemente desde 1814 los ministros de todas las opiniones han sido hostigados por los diarios; in-

dudablemente la prensa tiende a subyugar la soberanía, a forzar al rey y a las Cámaras a obedecerla. Sin duda, en los últimos días de la Restauración, la prensa, no escuchando más consejos que los de su pasión, sin respeto a los intereses y al honor de Francia, ha atacado la expedición de Argel, publicado las causas, los medios de llevarla a cabo, los preparativos y las probabilidades de un fracaso; ha divulgado los secretos del armamento, instruido al enemigo del estado de nuestras fuerzas, ha contado nuestras tropas y nuestros buques, y hasta indicó el punto de desembarco. El cardenal de Richelieu y Bonaparte, ¿habrían puesto a Europa a los pies de Francia, si de antemano se hubiera revelado así el misterio de sus negociaciones y se hubieran anunciado las etapas de sus ejércitos?

Todo esto es verdadero y odioso; pero, ¿qué remedio se aplicaba al mal? La prensa es un elemento ignorado en otro tiempo; una fuerza antes desconocida; introducida ahora en el mundo, es la electricidad social, es la palabra en el estado de rayo. ¿Podéis hacer que no exista? Cuanto más pretendáis comprimirla, tanto más violenta será la explosión. Es, pues, necesario que os resolváis a vivir con ella como vivís entre las máquinas de vapor. Menester es que aprendáis a serviros de ella, quitándole sus peligros, ya sea que se vaya debilitando poco a poco por medio de un uso común y doméstico, ya que gradualmente asimiléis vuestras costumbres y vuestras leyes a los principios que en lo sucesivo regirán la humanidad. La demostración de la impotencia de la prensa en ciertos casos, nos la suministra la misma reconvencción que le hacéis respecto a la expedición de Argel. Esta plaza fué tomada, a pesar de la libertad de la imprenta, como yo dispuse hacer la guerra de España en 1823, bajo el más nutrido fuego de esta libertad.

Pero lo que es intolerable en la exposición de los ministros es la insolente pretensión de que el REY TIENE UN PODER ANTERIOR A LAS LEYES. ¿Qué significan entonces las constituciones? ¿Por qué se engaña a los pueblos con simulacros de garantías, si el monarca puede cambiar a su albedrío el sistema de gobierno establecido? Y, no obstante, los firmantes de la exposición parecen tan persuadidos de lo que dicen, que apenas citan el artículo 14, en beneficio del cual yo había

anunciado mucho tiempo antes que se confiscaría la Carta; lo recuerdan, sí, pero de memoria, como una redundancia de derecho de que no tenían necesidad.

La primera ordenanza establece la supresión de la libertad de imprenta en sus diversas partes; ésta es la quinta esencia de lo que por espacio de quince años se había elaborado en el negro gabinete de la policía.

La segunda ordenanza reforma la ley electoral. Así se destruían las dos primeras libertades: la libertad de imprenta y la libertad electoral, destruyéndose, no por un acto inicuo, pero legal, emanado de un poder legislativo corrompido, sino por ordenanzas, como en las épocas de la arbitrariedad. Así, cinco hombres a quienes no faltaba buen sentido, se precipitaban ellos mismos con una ligereza sin ejemplo, precipitando consigo en un abismo a su señor, a la monarquía, a Francia y a Europa. Yo ignoraba lo que pasaba en París. Mi deseo era que se manifestara una resistencia que, sin derribar el trono, obligase a la corona a despedir a sus ministros y a retirar las ordenanzas. En el caso de que éstas hubieran triunfado, yo estaba resuelto a no someterme a ellas, y a escribir y a hablar contra tales medidas anticonstitucionales.

Si los miembros del cuerpo diplomático no influyeron directamente en la confección y publicación de las ordenanzas, la favorecieron al menos, porque el absolutismo europeo tenía horror a la Carta francesa. Cuando llegó a Berlín y a Viena la noticia de haberse publicado las ordenanzas, y durante las veinticuatro horas que creyeron en su buen resultado, el señor Ancillon dijo que Europa se había salvado, y el señor de Metternich manifestó una alegría indecible. Poco después, al saber este último la verdad, quedó tan consternado como alegre había estado al principio, y declarando que se había engañado y que la opinión era decididamente liberal, se manifestó favorable a la idea de una constitución austriaca.

Los nombramientos de consejeros de Estado, que siguen a las ordenanzas de julio, arrojan alguna luz sobre los sujetos que en las antecámaras han podido prestarles algún apoyo con su parecer o en su reelección. Entre ellos se cuentan los nombres más opuestos al sistema representativo. ¿Ha sido en el gabinete mismo del soberano, en presencia de él,